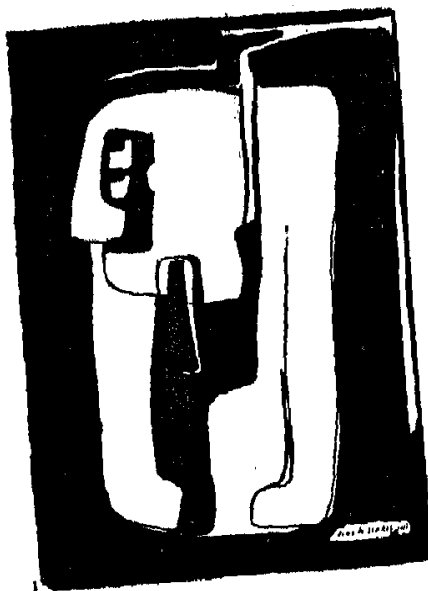


NARRACIONES Y CUENTOS



.....
*se ha abierto un abanico de milagros
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

ELLA Y YO

Sucedía esto cuando yo estaba en Madrid, allá por los años de 1848. Tenía entonces 20 años, y vivía en un segundo piso de una casa situada en la tranquila calle del Olivo alto, segundo piso que nuestros amigos de Madrid llamaban *la pajarera*, porque en él, y bajo las respetables alas sin plumas de una patrona de 50 años, nos anidábamos cinco o seis *canarios* de todas edades y condiciones.

Dividía yo mi tiempo entre las clases del Conservatorio y alguna redacción de periódico, que admitía con benevolencia mis primeros ensayos literarios, paseando luego por las tardes con mis paisanos, ya por el Retiro, ya por la Castellana, y asistiendo por las noches a la ópera, cuando el bolsillo me lo permitía, o a la tertulia de una respetable familia que me recibía siempre con cariño, proporcionándome la ocasión de lucir mis habilidades en música y poesía.

Era costumbre entre nosotros, los pocos canarios que entonces estudiábamos en Madrid, estar juntos con frecuencia, querernos mucho, favorecernos mutuamente y tendernos la mano para ayudarnos a saltar alguna zanja, que al fin del mes solía presentársenos en el camino.

Desde mi llegada a aquella capital, que lo fue a fines de diciembre de 1846, había recibido la visita de un joven de mi edad llamado Salvador, que hacía tres años residía en la coronada villa, estudiando, según me dijo, algunas materias que creía indispensables para seguir la carrera de la Diplomacia, carrera nebulosa entonces, hija del favor y la política, no sujeta a exámenes, grados ni diplomas.

La visita de Salvador obedecía al precepto que se había impuesto de conocer y saludar a todos los canarios que llegaban a Madrid, por la circunstancia de ser hijo de Te-

nerife, de donde también procedían sus padres, aunque a mi juicio mejor hubiera sido llamarlo hijo de Cuba, donde había pasado sus primeros años, y en cuya rica Antilla su padre había adquirido una fortuna colosal.

Era Salvador un chico pequeño de cuerpo, delgado, elegante, de tez muy pálida, con hermosos ojos de color oscuro y facciones aniñadas, expresivas y simpáticas. No había perdido aún ese especial tonillo, propio de los cubanos, ni la afición a usar colores chillones en sus vestidos, especialmente en los chalecos que eran un verdadero mosaico.

Al poco tiempo de habernos conocido éramos inseparables.

Salvador adoraba la música y la literatura, y esa comunidad de aficiones contribuía a estrechar entre nosotros los vínculos de nuestra amistad, que por mi parte se aumentó con la convicción que pude adquirir de la bondad de su carácter, de su generosidad y de la franqueza y sencillez de su trato íntimo.

Aunque adulado y mimado por sus numerosos amigos, que conocían la fortuna de su padre, y recibido con interesado cariño en muchas de las principales casas de la alta banca y de la política, prefería acompañarme a la ópera o al Príncipe, o dar conmigo solitarios paseos por la Ronda, hablando de Víctor Hugo, Lamartine, Dumas, Sue o Jorge Sand, que eran entonces los poetas y novelistas más queridos y admirados de los españoles, a la ceremoniosa asistencia a un baile de etiqueta, tertulia o círculo, donde yo no podía acompañarlo.

Sus padres y una hermana, únicas personas de que se componía su familia, estaban de temporada en París, de modo que yo no los conocía, porque durante el año anterior habían recorrido la Suiza y la Italia sin dignarse llegar a Madrid. Entretanto, y con la confianza que entre nosotros existía, me había hablado varias veces Salvador de su familia, y me había enterado de que su padre era un poco vanidoso, brusco y aficionado a la lisonja, siendo su más ardiente aspiración la concesión de un título de Castilla, que dorara su plebeyo origen, y digo plebeyo, no porque yo lo supiera de ciencia propia, sino porque Salvador me lo había confesado entre avergonzado y risueño.

—Es preciso —me decía— perdonar a mi padre esta debilidad. Figúrate que nuestro apellido es Sánchez, apellido honrado como cualquier otro, pero que no suena al oído como los de Álvarez de Toledo, Sandoval, Mendoza, o Rojas Silva de nuestra rancia nobleza. Verás, pues, lo que ha inventado; ha suprimido las dos últimas letras del Sánchez y lo ha dejado convertido en Sanch, que hace derivar de un hijo bastardo de los reyes de Navarra.

Y al decir esto mi amigo se reía de tan buena gana, que yo, sin poderlo remediar, le acompañaba en sus burlas sin temor de ofenderle.

—Mi madre —continuaba él— es una pobre señora, inofensiva, callada y de escasa inteligencia. No ve ni oye, sino por los ojos y oídos de mi padre, y es eco constante de todo lo que él dice y afirma. Respecto de mi hermana Amelia, estamos todos convenidos en llamarla un pequeño portento. Ya la verás; no quiero privarte del placer de la sorpresa.

A esto contestaba yo, que mis recursos de estudiante pobre no me permitían frecuentar los salones de su casa; que lo mejor sería no visitarla, y por último que me dejase en mi voluntaria oscuridad, contento con poseer su confianza y cariño, sin más relaciones ni rozamientos con los descendientes del bastardo de Navarra.

Replicaba él, yo insistía, y después de borrascosas discusiones concluía siempre por sonreirse misteriosamente, como si para resolver la cuestión a su favor, poseyese un secreto, independiente de mi voluntad.

II

Había llegado el año 1848, y al estallar en Francia la revolución de febrero, la familia de Salvador, temiendo alguna *degollina* nobiliaria, como la del 93, y considerándose incluida en esa clase, salió precipitadamente de París, y se trasladó a Madrid, donde el sable de Narváez la ponía a cubierto de todo desmán.

Una tarde del mes de marzo, mi amigo vino a buscarme, y después de darme cuenta de la llegada de sus padres y de su instalación en un piso principal de la calle

de Alcalá, salimos a dar un paseo por el Botánico, hablando, como era natural, de la agitación revolucionaria que se sentía en todos los Estados de Europa, y de los planes que se atribuían a ciertos personajes políticos que trataban de dar un susto al Ministerio español.

Conspirábase en Madrid, como siempre ha sucedido, a cielo descubierto, y aunque nosotros no pertenecíamos a ningún partido político, sabíamos de pública voz los nombres de los militares comprometidos en la asonada, y hasta la hora en que debía estallar el atrevido pronunciamiento.

¡Feliz edad! Anhelábamos la lucha, sin pensar en la sangre que iba a derramarse, y deseábamos la caída de los ministerios, creyendo candorosamente que un cambio de personas iba a dar a los españoles la ilustración que les faltaba y los hábitos de trabajo, orden y economía de que carecíamos hacía ya tres largos siglos.

Entretanto había cerrado la noche, y llegado la hora en que, abandonando el paseo, me retiraba a estudiar o escribir en mi humilde celda.

Dejamos, pues, el Botánico, y atravesando el Prado, subimos por la calle de Alcalá, deteniéndonos en el suntuoso portal que daba ingreso a las aristocráticas habitaciones de la familia de mi amigo.

—Es preciso que subas— me dijo éste, apoderándose de un botón de mi gabán—, quiero que veas mis nuevos aposentos.

—Será otra noche— le contesté—tengo que concluir una correspondencia de Canarias que ha de publicarse mañana en *El Herald*.

—¡Desgraciado reaccionario! —exclamó con cómica seriedad, llevándome hacia la escalera— ¿te atreves a escribir en ese nefando diario? ¿no temes las iras del pueblo soberano y las particulares de tu amigo Salvador? Tú, un demócrata librepensador, vaciar tus ideas en los moldes de los Moras, Donoso-Cortés y Pastor-Díaz? ¡Horror! Entra en casa, y alejarás de ti tan funestas tentaciones.

—No puedo... mañana te complaceré.

—¡Hipócrita! te conozco... *El Herald* es un pretexto... tú temes encontrarte con mi padre o con mi señora hermana. Desecha tan cobardes pensamientos; mi cuarto está en el entresuelo, y tiene la ventaja de ser libre e indepen-

diente como la antigua Iberia. Vamos, sube, salvaje, y deja esa timidez que tanto te perjudica.

—Pero si subo un instante, no me has de detener...

—Concedido.

—Pues guíame a tu aposento, y que espere *El Heraldo*.

—Todo sea por Dios —contestó Salvador— no me ha costado poco trabajo tu visita.

Algunos minutos después estábamos cómodamente instalados en un pequeño gabinete, adornado con lujo y elegancia, donde en una monumental chimenea ardía un buen fuego, al cual acercamos nuestros sillones, encendiendo mi amigo un legítimo habano que le venía directamente de Cuba. Yo no había fumado nunca.

—Cómo se parece tu celda a la mía— exclamé riéndome y recorriendo con la vista los suntuosos muebles.

—¡Bah...! ¿también envidioso...? Has de saber ignorante chico, que los bastardos de los reyes de Navarra son personas muy encopetadas, y no pueden alojarse en cualquier parte; necesitan precisamente este *confort* ¿estás?

—Dichosos los que no tienen que pensar en el mañana— contesté suspirando.

—Las luchas de la vida —repuso Salvador sentenciosamente— son el primer elemento del progreso. Tú lucharás y serás algo; yo no lucharé y nadie se acordará de mí. El trabajo perfecciona, la ociosidad mata. Todo está bien, como decía Cándido, esto es lo que yo llamo el sistema de las compensaciones, oh, la naturaleza es muy sabia. Ella nos ha dado el hambre como estímulo para escalar todas las alturas sociales.

—¡Maldiciones por mi lote.

—¡Tú, que eres envidiable, ingrato. ¿Quién lo duda? Aquí vengo y amigo condenado a ser toda su vida un ser inútil. ¡Voto dios digas tonterías, tu serás lo que quieras.

—¿Que hacrabajar yo? Hombre, tendría que ver... un futuro mísero de Casa-Sanch... ¡Qué diría mi padre!

—Tu padre ha trabajado.

—¡Infeliz! Recoge al instante esa palabra.

—El trabajo ennoblece.

—Antiguallas, mejor es heredar y no hacer nada. Deja esas filosofías y ocupémonos de la revolución. ¿Qué dicen los alumnos de la Universidad, del Colegio de San Carlos

y del Conservatorio? ¿Están dispuestos? ¿Tendremos República pública?

Sonreíme al oírle y le pregunté:

—¿Un futuro marqués se interesa por esas cosas?

—Has de saber que pertenezco a esa moderna aristocracia de las contratas, los ferrocarriles y los vapores, de los tabacos, del azúcar y del café, que habla de progreso y libertad para pescar mejor en río revuelto el oro que ha de sostener sus vicios, sus vanidades y su orgullo.

—De modo— repuse— que para esa novel caballería, el campo de torneo es la Bolsa, la dama de sus pensamientos la Roma clerical, y sus armas el cirio y las procesiones.

—Algo hay de verdad en eso ¿y qué?

—¿Algo? Todo.

—Nada— contestó una voz de mujer a nuestra espalda, con esa entonación decidida y enérgica, que da la costumbre de mandar y ser obedecida.

Al oírlo di un salto en el sillón y me puse inmediatamente en pie.

Mi amigo continuó sentado, y se contentó con decirme sonriéndose con malicia y soltando el cigarro:

—Te presento a mi hermana Amelia que ya te conoce ventajosamente por tus versos y tus romanzas de salón. Te advierto que es ultramontana y absolutista.

En aquel momento hubiera preferido que la tierra me tragase.

Rojo como un pimiento y temblando como un epiléptico, hice una grotesca cortesía y acerqué un sillón.

Salvador me miraba afectando seriedad, pero la risa retozaba en sus labios.

De buena gana le hubiera apaleado.

III

Después de aquella memorable noche fueron conculcadas mis escrúpulos ante las reiteradas muestras de aprecio que recibía de Salvador y su familia, y que yo atribuía, con la candidez e inexperiencia propia de mis pocos años, al interés que les inspiraba mi humilde posición estudiantil, mis prendas personales de honradez y laboriosidad, mis espeluznantes versos y los acordes de mi violín.

Amelia era, a mi juicio, un ser sobrenatural. Blanca, sonrosada, pequeñita, pelinegra, de cara redonda e infantil, con hoyuelos junto a sus rojos labios, boca provocativa y apetitosa, mirada fija y atrevida, andar voluptuoso y palabra fácil y seductora, poseía cuantos encantos eran necesarios para alborotar una imaginación calenturienta como la mía.

Tocaba el piano con mucha maestría y cantaba con afinación y buen gusto, aunque su voz no tenía mucho volumen ni extensión.

Tan luego supo ella que yo poseía algunos conocimientos musicales, me obligó a que le acompañase sus romanzas inglesas y alemanas, y las arias de las óperas que entonces se aplaudían. Sin embargo, justo es decir que prefería la música clásica, cuya afición se había despertado en ella en París y Viena, oyendo a los artistas de más fama que en Europa había entonces. Por eso mi humilde violín unía sus tímidos acordes con las melodiosas notas de un magnífico piano de Erard que ella pulsaba, y la sonata en fa de Beethoven, el rondino de Mayseder, las sonatinas de Mozart y los conciertos de Weber, atronaban el salón principal de la casa, mientras el papá movía la cabeza con aire inteligente, la mamá dormía y Salvador criticaba, comparando las escuelas alemanas con las de los grandes maestros italianos del siglo pasado.

A pesar de la favorable opinión que naturalmente tenía yo de mi mismo, no dejaba de preocuparme la facilidad con que había sido acogido en aquella casa, así como el aprecio y consideraciones que se me demostraban, especialmente por el futuro marqués, hombre de pocas palabras, avaro de su amistad, aficionado a investigar el abo-lengo y los bolsillos de todos los que se le acercaban, y poco dispuesto a dar la menor importancia a un chico que hacía versos, escribía en *El Heraldo* y tocaba malamente el violín.

Ello es que así sucedía, y hasta la soñolienta mamá me festejaba con un *querido paisano* que me encumbraba al quinto cielo.

Inútil será decir, porque ya lo habrán adivinado mis lectores, que la señorita Amelia me interesaba más que su papá y mamá.

Su franqueza, que cualquiera otro más experimentado hubiera traducido por desenvoltura, su amabilidad, hija de una innata coquetería, su chispeante gracia para analizar la última novela, el último poema, la última ópera y la confianza que inspirara siempre la hermosura, el ingenio y el dinero, prestaban a la hermana de mi amigo un poder tan superior, que yo, francamente, lo creía irresistible y temblaba sólo de encontrarme junto a ella.

Después de visitarla algunos días, comprendí que, si mi razón no ponía freno a mi inmodesta costumbre de novelizarlo todo, era hombre al agua.

Acordéme muy oportunamente de que yo no descendía de los reyes de Navarra, y que, al comprar guantes, abría una ancha brecha en mi presupuesto, procurando fuesen de color oscuro para que durasen más. Y con estas y otras reflexiones de la misma índole, mi imaginación se calmaba y oponía fuerte dique a las coquetuelas ojeadas de mi traviesa amiga.

En aquellos días, y creyendo que en eso no pecaba, le llené el álbum de poesías calenturientas, comparándola con el sol, la luna y las estrellas, hablándola de trovadores y donceles desgraciados, y componiéndole sendas romanzas con cinco y hasta seis bemoles.

Esto era para mí una especie de válvula de seguridad.

Entretanto Salvador continuaba sonriéndose mefistofélicamente, y parecía complacido en aquella lucha moral que yo diariamente sostenía, y él, de seguro adivinaba.

Proponíame a veces suspender mis visitas; pero Salvador me buscaba y por último concluía por ceder a sus instancias.

Entonces el papá encontraba siempre una palabra amable que dirigirme; la mamá me apretaba con cariño la mano, y la niña, al verme, sacaba su romanza favorita, me obligaba a sentarme al piano, y para cantarla se acercaba tanto a mí, que sólo el roce de su vestido me daba la terciana.

Cuando después de estas escenas regresaba a mi humilde aposento, me ponía a hablar conmigo a solas, costumbre que nunca he llegado a perder, y me decía con mucha seriedad: ¿Qué es esto que te pasa? ¿Se están burlando de tí? ¿Qué se propone esa familia...? No lo sé, pero

de seguro que ni por tu figura, ni por tu gracejo, ni por tu posición, ni por tus guantes puede Amelia enamorarse de tí. Eres muy feo, tienes poco atrevimiento, tu cuna es de tea, y sólo con milagrosos equilibrios te sostienes en Madrid. ¿Por qué, repito, te sonríe el señor Sánchez, te da la mamá su mano, y las faldas de la niña se enredan en tus pies?

Resolví hablar con Salvador, y preguntarle a qué parte ignorada y recóndita de mi ser debía tan entusiasta amistad; pero la tarde misma en que me disponía a aventurar tan escabrosa pregunta, tuvo lugar el grave acontecimiento que paso a referir.

IV

Habíamos llegado al 26 de marzo. Todo parecía tranquilo. Las familias bajaban como de costumbre al Prado, y aunque se dejaba sentir el frío, no escaseaban los grupos junto a las rejas del Botánico. Allí estaba yo meditando en el problema cuya solución buscaba, y con la esperanza de descubrir a mi amigo, que me había citado la tarde anterior para aquel sitio.

Anochece ya, cuando en dirección a la Carrera de San Jerónimo oí distintamente algunos tiros y luego dos o tres descargas de fusilería.

—La revolución— exclamé yo.

Y sin asustarme mucho, vi que la gente desaparecía, huyendo por cuantas calles desembocaban en el Prado.

En tales circunstancias, la más rudimentaria prudencia me aconsejaba llegar sin tardanza a la calle del Olivo, evitando las grandes arterias de la población, y encerrarme luego con doble llave en mi casa; pero el demonio de la curiosidad, poniendo en derrota a la prudencia, me condujo hacia la suntuosa vivienda de mi amigo, que, como antes he dicho, se situaba en la parte más céntrica de la calle de Alcalá, y allí me enteré con verdadero pánico del justificado terror de los padres.

El caso era para estarlo. En efecto, desde la tarde habían salido Salvador y Amelia a visitar cierta aristocrática familia que residía en la calle del Príncipe, a pesar de

que ya se sabía que en la del Lobo se levantaban barricadas, que la guarnición estaba en armas, y que el Gobierno se disponía a ahogar en sangre aquel simulacro de revolución, tan intempestivo como mal urdido.

Ahora bien, ni Salvador ni Amelia habían llegado a su casa ni se sabía de ellos, aunque se oyera ya de muy cerca el rumor de la lucha.

Yo entonces, como verdadero caballero andante y paladín de la Edad Media, me ofrecí voluntariamente a buscarlos en medio del fragor y peligros de la batalla, y salí disparado por la calle de Sevilla, entrando en la de San Jerónimo a tiempo que la noche cerraba.

Detúveme vivamente impresionado al dar los primeros pasos en aquella dirección, y el caso no era para menos.

Veíase a lo lejos la artillería colocada en posición estratégica en la Puerta del Sol, y hacia la plazuela de Cervantes, donde todavía no se había levantado el Palacio del Congreso, espesas columnas de infantería que subían lentamente, precedidas de algunos escuadrones de lanceros que barrían la calle de una a otra acera.

Cualquiera otro más acostumbrado a estas aventuras, tan repetidas desgraciadamente en las calles de Madrid, hubiera retrocedido prudentemente y vuelto a la calle de Sevilla, libre todavía de sublevados y tropa; pero yo, ignorante del peligro que corría, y sin sospechar que mi vida estaba pendiente de encontrar abierto un portal, avancé impávido hasta la casa donde sabía que mis amigos habían pasado la tarde. La casa como era de suponer, estaba cerrada con dobles candados. Retrocedí, principiando a preocuparme un poco de mi peligrosa situación, cuando al volver a la Carrera de San Jerónimo, advertí que las pocas personas que aún se descubrían en sus aceras, huían como sombras, procurando ocultarse y desaparecer, mientras a cortos intervalos seguía oyéndose el estallido de las descargas y los gritos de los combatientes allá en dirección a la plazuela de Santa Ana.

Desde aquel momento comprendí la extensión de mi imprudencia, y medí con terror la distancia que me separaba de la calle de Sevilla por donde sólo era posible emprender mi retirada.

Pero, en tanto que yo subía con rapidez por la acera

de la derecha, los acompasados pasos de una nueva columna llegaron a mis oídos en dirección opuesta, de modo que ya podía perder toda esperanza de salvación.

El recuerdo de mis padres, de mis hermanos, de la patria y de los amigos cruzó rápidamente por mi perturbado cerebro. Apoyéme, desfallecido, en el dintel de un portal que también estaba cerrado, y procuré confundirme con la sombra que proyectaban los balcones del entresuelo.

El sitio donde me había detenido me permitía descubrir las personas que desembocaban por la calle del Lobo, y que llenas de terror, corrían en todas direcciones buscando asilo. Entre ellas, me fijé en una, que parecía mujer, y la cual, pasando rápidamente hacia el lado donde yo estaba, se fijó, al pasar, en mí, y dando un agudo grito se arrojó en mis brazos.

Figúrense mis lectores cual sería mi sorpresa al reconocer en aquella atribulada criatura a la misma persona que buscaba con tanto afán y por la cual exponía tan desinteresadamente la vida.

—¿Y Salvador? —fue mi primera pregunta al deshacerme suavemente de sus brazos y colocarla a mi lado junto al portal que me servía de abrigo.

—No lo sé —contestó llorando— lo he perdido al alejarnos de las barricadas, pero usted me salvará ¿no es verdad?

—¡Qué imprudencial —exclamé yo, oyendo el crujir de las cureñas sobre el pavimento de la calle, y el choque de los sables que la caballería desenvainaba—. Estamos perdidos; vamos a ser acuchillados.

—Moriremos juntos— gritó ella con pedantesca exaltación.

—Mejor será vivir— repliqué yo, sin saber hacia donde dirigir mis pasos.

—Busquemos un portal.

—Si encontramos uno abierto, esa sería nuestra salvación. Llamaremos a todas las puertas; sígame usted sin desviarse de la pared para que no nos descubran.

Hablando así, principié a subir la calle llevándola de la mano, y empujando con desesperación todas las puertas que hallaba al paso.

Según nos íbamos acercando a la calle de Sevilla, observábamos que la artillería se había detenido a la altura

de la calle del Príncipe esperando quizá que se le uniera la columna que subía del Prado.

No había medio de escapar; estábamos cercados y en el centro del horrible ciclón.

Hubo momentos en aquella aciaga hora, en que, a pesar de la protectora sombra de las casas, creí que íbamos a ser descubiertos y descuartizados. Un escuadrón de caballería que venía delante, como avanzada, corría ya a rienda suelta ocupando toda la calle y escudriñando con la punta de sus lanzas todos los rincones.

Lleno de desesperación, me detuve otra vez, atraje hacia mí a mi aterrada compañera, y me dejé caer desfallecido sobre una gran puerta, que a mi furioso empuje se abrió. El portero sin duda la había dejado entreabierta, tal vez porque esperaba la llegada de algún extraviado inquilino.

De un salto atravesé el portal, y llevando en brazos a la pobre chica, subí los primeros tramos, no descansando hasta que llegué al cuarto piso.

Amelia apenas respiraba y cayó desfallecida sobre los últimos escalones.

Estábamos salvados.

V

Transcurrieron algunos minutos, y cuando nos convencimos de que el peligro había pasado, aunque nuestra situación continuara siendo tan singular como poco satisfactoria, el recuerdo de la anterior agonía nos produjo un placer relativo, que calmó el desordenado latir de nuestros corazones, y el ciego terror que por algunos instantes había oscurecido nuestra razón.

Amelia continuaba sentada en el último escalón del cuarto piso, y parecía escuchar con redoblada atención el fragor de la batalla.

La casa donde nos habíamos refugiado estaba silenciosa, como si el miedo se hubiese apoderado de todos sus inquilinos. De vez en cuando se oían algunos furtivos pasos y el brusco cerrar de las puertas y balcones. La luz que

alumbraba la escalera en los tramos inferiores, llegaba debilitada al sitio donde nos ocultábamos.

Amelia fue la primera que interrumpió el silencio:

—Jamás hubiera creído sentir una emoción tan profunda. Estoy temblando todavía.

—Señorita— le contesté—, no es acaso esto lo más triste que está pasando en esta noche. Acuérdesse usted que en este momento pierden muchos españoles la vida en fratricida lucha. Maldigamos estas extemporáneas revoluciones, que no se imponen por la opinión pública. Lo que ocurre es monstruoso y criminal.

—Pero muy novelesco.

—Celebro que usted lo mire bajo ese aspecto, pero de todos modos es preciso ver el medio de llevarla a usted a su casa.

—No piense usted en eso. Yo no salgo de aquí mientras dure el estado de sitio.

—No es preciso tanto. Cuando cese el fuego y los rebeldes se rindan, pediremos hospitalidad al conserje, porque usted no es conveniente que permanezca en este sitio.

—Cualquiera diría que teme usted verse a solas conmigo— repuso ella con maliciosa sonrisa.

—Tal vez— exclamé casi involuntariamente.

Al oír mi respuesta permaneció algunos instantes silenciosa, luego se levantó, y acercándose a mí, que la contemplaba apoyado en la pared:

—Seamos francos —me dijo con atrevida decisión—, usted me ama ¿no es verdad?

—¡Señorita!

—Ya lo ve usted, todo es singular en esta noche. Yo soy el hombre y usted la mujer. Amar no es un crimen: Si es cierto que usted me ama, ¿a qué negarlo?

—El respeto que a usted profeso, es todavía más grande que mi cariño —repuse evasivamente—, y en todo caso no sería yo tan descortés, que me aprovechara de este triste suceso para hablar a usted de amores.

—Veo que me he equivocado; olvidemos ese asunto.

—Como usted guste.

Calló ella; pero sus maliciosos ojos se volvieron hacia mí con cierta expresión de lástima, que, a pesar de la mortificación que me causaron, soporté con heroica firmeza.

A esto siguió un largo silencio. Amelia se había envuelto en su afelpado chal, que le cubría el cuello y la parte inferior del rostro, y de nuevo volvió a sentarse sobre el mismo escalón, batiendo con impaciencia el suelo con sus pequeños pies.

De pronto, y como cansada de aquel largo silencio, y sin cuidarse de la tempestad de hierro y fuego que en los aires estallaba, tornó a reanudar el diálogo, diciéndome con burlona sonrisa:

—¿Sabe usted que voy a casarme?

El golpe era rudo para un inocente como yo. Sin embargo, mi excesivo amor propio me lo hizo recibir con calma, y le contesté:

—Esperaba que así sucediese. Una joven tan rica, noble y hermosa como usted ha de encontrar muchos pretendientes.

—Mi futuro es francés. Nos conocimos en Biarritz. Su fortuna es inmensa y espera obtener en breve una embajada.

—La felicito a usted.

—¿Conque se alegra usted?

—¿Y por qué no si usted le ama?

—A decir verdad ni le amo ni le odio. En los primeros días le tuve cierta inclinación, que con el tiempo se ha enfriado.

—Pues entonces, no debe usted casarse.

—Vaya, ¿y a usted que le importa?

Quedéme cortado y bajando la vista balbucí:

—Tiene usted razón.

Miróme fijamente, soltó una carcajada, y con un graciosísimo mohín, añadió:

—Es usted un niño.

—Sea usted indulgente —repuse mirándola con tímido arrobamiento.

—¿Y lo duda usted?

—Gracias.

—El matrimonio es hoy un contrato. Dos personas se casan para unir sus riquezas, y elevar su posición. Eso que usted tiene en la cabeza, sólo pasa en las novelas, en la vida real es otra cosa.

— Lo siento.

—Vaya, señor poeta, no sea usted tan intransigente, así hemos encontrado el mundo y así lo dejaremos.

—No me opongo, porque sería inútil; pero en cambio no seré yo el que sancione con mi humilde ejemplo semejantes abominaciones. Felizmente, no estoy destinado a vivir en esta sociedad a que usted pertenece. En mi país hay todavía corazones honrados y leales aficiones. Allí se ama no en virtud de un contrato, sino de un lazo voluntario, que nos ata dulcemente para toda la vida.

—Páreceme, señor canario, que toma usted conmigo un tono algo impertinente.

—¿Y tengo yo la culpa? Vamos, Amelia, no finja usted lo que no siente. Su corazón de usted es un tesoro, y en él no caben tan abominables teorías. Bajemos al portal, usted no debe estar aquí.

Ella volvió a sonreirse, y me siguió sin responder.

Cuando entramos en la portería, referimos al conserje nuestra aventura, y sabiendo éste la familia a que Amelia pertenecía, no tuvo inconveniente en solicitar permiso al jefe de las tropas que custodiaban la calle para llevar un mensaje a los futuros marqueses, de los cuales esperaba una buena recompensa.

Una hora después llegaron aquéllos, siendo indecible la alegría que recibieron al ver a su hija en mis brazos, después de contarla en el número de las víctimas. En estas ruidosas manifestaciones no fui yo por cierto olvidado, tocándome una buena parte en los abrazos de mis agradecidos paisanos y en los de Salvador, que también había escapado milagrosamente de la refriega.

VI

Al día siguiente de tan memorables acontecimientos, estaba yo en mi cuarto de la calle del Olivo, concluyendo un artículo literario para *El Herald*, cuando se abrió la puerta, y por la primera vez vi entrar en mi humilde celda al padre de Salvador.

Concluidos los saludos y preguntas de costumbre, tanto más afectuosas aquel día cuanto tenían por objeto averiguar el estado de salud de mi linda compañera, tomó

asiento en la mejor silla que pude encontrar, y no sin revelar en su fisonomía la sorpresa que le causaba mi modesta instalación, me habló con cierto énfasis de esta manera.

—Generoso paisano, vengo a cumplir un sagrado deber de gratitud, dando a usted las gracias en nombre mío y de mi familia por el inmenso servicio que anoche nos dispensó usted, salvando de un peligro inminente a nuestra querida hija. Puede usted creer en nuestro incondicional reconocimiento, y le rogamos ponga a prueba nuestra eterna amistad.

Contestéle con breves y corteses frases, y él prosiguió así:

—Es inútil que guarde usted conmigo el incógnito. Salvador, faltando tal vez a la confianza de usted, nos ha revelado todo.

—¿Todo?

—Sí señor, todo. Me consta que es usted de noble alcurnia, que su familia posee una gran fortuna inmueble, y que usted, huyendo de compromisos matrimoniales, reñidos con sus inclinaciones y carácter, ha venido a ocultarse en Madrid bajo supuesto nombre, hasta que desaparezca el enojo de sus padres.

Pueden figurarse mis lectores cual sería mi asombro al oír tan estupenda declaración. El velo se rasgó de pronto, y comprendí las verdaderas causas del afecto de los señores de Sanch, y el secreto de las sonrisas de Salvador. La broma era pesada.

El descendiente de los reyes de Navarra al observar mi asombro, se inclinó con cariñoso abandono, y añadió:

—No se ofenda usted. Su secreto está bien guardado. Ahora sólo me resta hacer a usted una proposición que los extraordinarios sucesos de anoche me imponen. Mi hija me ha revelado su amor de usted, y yo creo, sea dicho esto con el mayor sigilo, que a ella no le disgusta usted. Mi fortuna y mi posición son conocidas aquí y en todas partes, usted es rico y noble, mi esposa, mi hijo y yo estimamos a usted mucho. ¿Qué más diré a usted? Yo no he de oponerme a la felicidad de mi hija. De modo que si por parte de su familia de usted no hay oposición, es negocio que puede darse por hecho desde hoy.

—Pero, señor, usted está equivocado...

—Nada, nada; no admito excusas. Su modestia de usted es excesiva. Ya he tenido ocasión de observarlo, pero en este caso es inútil. Soy muy rico... usted vivirá con nosotros hasta que entre en posesión de su fortuna.

—No puedo consentir que usted crea semejantes absurdos.

—Está usted emocionado, lo comprendo y me retiro... Hasta la noche... mi hija quiere darle a usted personalmente las gracias. Allí hablaremos.

Y sin esperar mis explicaciones, desapareció, dejándome desesperado y furioso contra el bribón de Salvador, que tales mixtificaciones provocaba.

Entonces y sin vacilar, tomé la pluma y escribí al futuro marqués, la siguiente carta.

«Caballero, mil gracias por una honra que nunca he merecido. Una lamentable equivocación por parte de su hijo de usted es causa de la penosa situación en que me encuentro. Yo no soy noble, ni rico, ni tengo cuestiones matrimoniales en mi país, ni menos he adoptado supuesto nombre. Soy un pobre chico, hijo de honrados padres, que he venido a Madrid, imponiéndome los mayores sacrificios, para estudiar composición en el Conservatorio y ensayar mis aficiones literarias en los periódicos de la Corte.

No me acusa la conciencia de haber contribuido a producir este engaño que tanto deploro. Nunca he dicho a Salvador cosa alguna que haya podido inducirle a suponer lo que usted acaba de manifestarme. Si usted duda todavía, puede usted informarse de todos mis paisanos que confirmarán la verdad de mis palabras.»

Al día siguiente supe que Salvador y Amelia habían salido para el extranjero.

El marqués no volvió por casa y tanto él como su esposa, si me encontraban en el paseo, torcían el rostro y fingían no conocerme.

Aquel mismo año una pérdida irreparable me obligó a volver a mi país, y pasados algunos meses recibí una extensa carta de Salvador, en la que, entre otras cosas, me decía:

«Perdona, querido amigo, las necedades de mi estúpida familia, que me obligaron a inventar aquella fábula,

único medio de que fueras recibido en mi casa con el aprecio que tú mereces. Yo no contaba con las coqueterías de mi hermana. Creo inútil advertirte de que mi amistad es inalterable, y que aquel que se halla destinado a perpetuar por los siglos de los siglos la ínclita descendencia de los Reyes de Navarra, te estima a ti más que a todos sus nobles ascendientes. Amelia va a casarse; no lo sientas, porque el honor de ser tú mi cuñado, no me ciega hasta el extremo de comprender que hubieras perdido con ella toda esperanza de felicidad».

* * *

Salvador vive hoy en París, y de vez en cuando me escribe con el mismo cariño de que siempre me dio pruebas.

Los padres de mi amigo alcanzaron al fin el deseado título, aunque sendos billetes les costó.

Amelia se ha separado de su marido, y es en Madrid el tipo de la suprema elegancia

Yo sigo siendo pobre y plebeyo, y sin otra cruz que la del matrimonio, que Dios se ha cuidado de bendecir.

AGUSTIN MILLARES TORRES